

Los incontables números de los números

Vamos caminando en dirección a la conquista definitiva de la tierra y, por lo tanto, el capítulo 26, tratará de esa preparación y registra, como antesala, un segundo censo en Israel, antes de entrar a la tierra prometida: La tierra de Canaán. Como observamos en el inicio del libro de Números, hay un primer censo de más de seiscientos tres mil hombres contados...

El texto de Números 26:1-4, relata lo siguiente: “...Después de la mortandad, sucedió que el Señor habló con Moisés y Eleazar, el hijo del sacerdote Aarón. Les dijo: Levanten un censo de toda la congregación, de todos los hijos de Israel, mayores de veinte años, que pueden salir a pelear por Israel, en el orden de las familias de sus antepasados. Moisés y el sacerdote Eleazar hablaron con los israelitas en los campos de Moab, es decir, junto al Jordán y frente a Jericó. Les dijeron: Cuenten al pueblo mayor de veinte años, tal y como el Señor se lo ordenó a Moisés y a los hijos de Israel que salieron de Egipto...”

Y así el capítulo sigue adelante describiendo todos los que fueron objeto del Censo: Los hombres con más de veinte años. Se cuenta tribu por tribu, para que Israel tuviera una noción de su fuerza militar, para acercarse a la tierra prometida.

El libro destaca la presencia de Dios, que dirige ese pueblo por el camino: la presencia de Dios en medio de un pueblo inconstante que está todo el tiempo reclamando y quejándose de Dios durante su recorrido, durante su trayectoria. A pesar de eso, Dios mantiene su gracia, y su bondad hacia el pueblo, que ha estado presentando una queja detrás de otra.

El texto nos deja bastante claro, qué sigue ocurriendo con Israel; el versículo 9, por ejemplo, nos da los nombres de todos los hijos de Eliab y destaca que Datán y Abirán; junto a los hijos de Eliab, especialmente en los capítulos anteriores, demostraron su rechazo a la tierra, una actitud de incredulidad, y el texto detalla esa historia. Números 26:9-10: “...Los hijos de Eliab: Nemuel, Datán y Abirán. Estos Datán y Abirán fueron los dos del consejo de la congregación que, junto con el grupo de Coré, se rebelaron contra Moisés y Aarón, y contra el Señor, cuando la tierra se abrió y se los tragó, a ellos y a Coré, y aquel grupo murió al consumir el fuego a doscientos cincuenta hombres, para que sirviera de escarmiento. Pero los hijos de Coré no murieron...”

Y continúa presentando la lista completa de aquellos que fueron censados en este segundo censo. Nos dirá en el versículo 26:51, que: “...El total de los hijos de Israel censados fue de seiscientos unos mil setecientos treinta hombres...”

En este caso, podemos observar lo siguiente: Hubo otro censo anterior que se había realizado 38 años antes. Ese primer censo tuvo lugar y se reconoce en el primer capítulo del libro de Números. Aquí en este caso, se registra y se hace el recuento del total de hombres que están aptos para el servicio militar, contabilizando el número total según cada tribu.

Si hacemos cuentas, en el total absoluto, hubo una reducción de casi dos mil hombres, en esta trayectoria, en la que el pueblo terminó perdiendo mucha gente especialmente a causa de la plaga, por las actitudes de rebelión que están registradas en el libro. Podríamos estimar si tomamos estos números como literales, el total se eleva a un posible total de entre dos y tres millones de personas. El pueblo tiene una idea clara aquí, de parte de Dios, sobre cuál es el tamaño de su fuerza militar, para acercarse a la tierra prometida, que está a punto de ser conquistada.

Es interesante que el propio texto, a partir del versículo 52, ya empieza a establecer las normas para el reparto de la tierra. El texto señala que: “...El Señor habló con Moisés, y le dijo: La tierra se repartirá entre estos hombres, según los nombres censados. A los que sean más, les darás una propiedad mayor; a los que sean menos, les darás una propiedad menor. Cada uno recibirá su propiedad según el número de hombres censados. Pero la tierra se repartirá por sorteo, y la recibirán en propiedad según los nombres de las tribus de sus padres...”

El texto nos especifica que cada persona, de acuerdo a la familia a la cual pertenece, recibirá la parte de la heredad o tierra correspondiente. De igual forma, tal repartición deberá ser equitativa, según el tamaño de cada tribu, y bajo sorteo. Obviamente, como sabemos, este sorteo estaba ordenado y dirigido por el propio Dios.

Al final del capítulo, el texto también relata, un segundo censo de los levitas. Recordemos que en realidad la tierra pertenece al Señor. La tierra de Israel es ocupada por el pueblo. El pueblo tiene el derecho de usar esa tierra, pero en realidad todo le pertenece a Dios. Y de manera más especial, los levitas que sirven en el santuario, que trabajan en el tabernáculo y son responsables por el culto, están separados de manera que no pueden tener derecho de herencia en la tierra.

Por esa razón ellos son contados de manera diferente. Y el texto nos dice que el total de levitas del sexo masculino contabilizado fue de 23 mil hombres. No se contaron con los demás israelitas, porque no recibieron herencia entre ellos. Veamos cómo termina el texto. “...Estos son los israelitas censados por Moisés y el sacerdote Eleazar en los campos de Moab, junto al Jordán y frente a Jericó. Ninguno de ellos era de los que fueron contados por Moisés y el sacerdote Aarón en el desierto de Sinaí. Y es que el Señor había dicho acerca de ellos: Morirán en el desierto. Así que ninguno de ellos quedó con vida, excepto Caleb hijo de Yefune y Josué hijo de Nun.”

Así que vemos el desenlace de este capítulo donde Dios ha mantenido y cumplido su promesa de conquista de la tierra prometida, entrenándoles y preparándolos para tal fin. Esa tierra se reparte, y hay un cálculo de la fuerza militar del pueblo que conquistará esa tierra. El pueblo de Israel al fin ya tiene la capacidad de pensar como hombre libre y organizado, –no esclavo dependiente–, capacitado para librar sus propias batallas y obtener la victoria; es decir alcanzar sus objetivos, como una comunidad de fe, cohesionada, que funciona como un equipo.

Ahora bien, todos aquellos que se quejaron de Dios, que mostraron su reclamación, que por encima de cualquier otra actitud no creyeron, murieron y no llegaron a disfrutar de la tierra prometida. Pero una vez más, se destaca la actitud de Josué y de Caleb, que mostraron claramente su convicción en el poder de Dios, para conquistar la tierra.